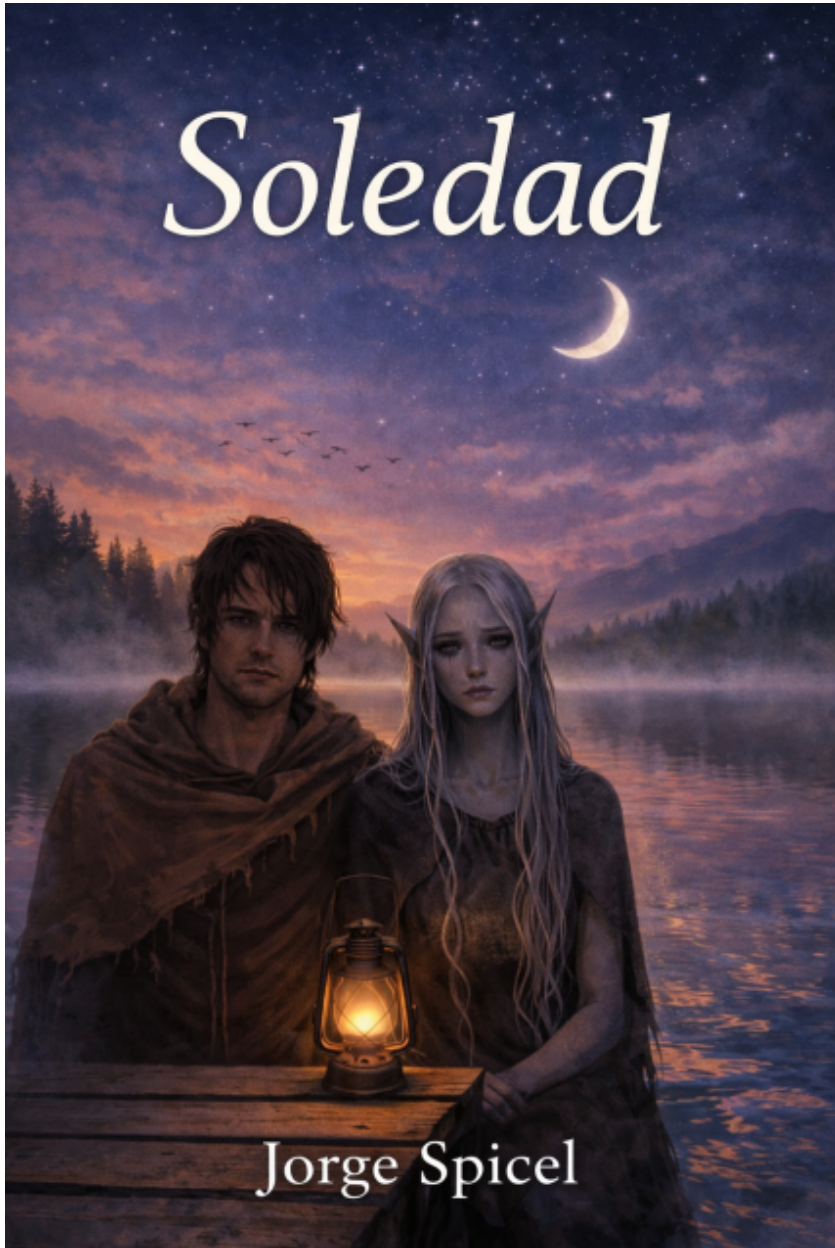


SOLEDAD

"Cullen, Cerro Sombrero, el ruido rítmico de los pistones... y de pronto, una nube elipsoidal sobre la antorcha. ¿Qué sucede cuando lo extraordinario aterriza en medio de lo cotidiano?"

Jorge Spicel

Soledad



Jorge Spicel

SOLEDAD

—¿Hola? —me dijeron.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Quién diablos? —gritó mi subconsciente, pero las palabras no afloraron a mi garganta.

Mil pensamientos pasaron raudos por mi mente. Hacía sólo un rato que había abandonado la caseta dejándola vacía. En ella y sus alrededores no había más vestigios de vida que los que mis movimientos indicaban.

Recuerdo que estuve sentado a la puerta, mirando, como breve descanso. Afuera había una noche fría, pero extrañamente agradable que invitaba a meditar en lo que veía; luego me paré para dirigirme a mi recorrido habitual de inspección.

Decidí ir primero a la sala HMA, distante unos doscientos metros, mientras llenaba mis ojos con fulgores de estrellas lejanas y antorchas. Y antorchas... ¡claro!, recuerdo que miré la antorcha; ésta se hallaba coronada por una nube de forma elipsoidal que descansaba solitaria a unos seiscientos metros, sobre la llama. Instintivamente, pensé que la evaporación producida por el calor excesivo y las corrientes frías las formarían. Además el color de la llama, de un tono más azulado, producto de una

combustión más completa, avalaba mi hipótesis. Miré los compresores y luego una vez más la nube.

¿No sería un ovni?

Me gustaba imaginarme cosas de este tipo. Mis compañeros y yo siempre hacíamos elucubraciones de dicha índole al abrigo de nuestra acogedora residencia en Cullen. Tal vez el hecho de trabajar siempre solos de noche, más que de día, excitaba nuestra imaginación y de paso nos preparaba para enfrentar hechos imprevistos analizando cuál sería nuestra reacción ante tal o cual eventualidad.

Por supuesto todas estas consideraciones se hacían en broma; pero íntimamente en cada uno de nosotros había un poco de ansiedad que se trasuntaba en las risas nerviosas.

Al menos eso me imaginaba yo.

Personalmente no me preocupaba e incluso, en el fondo, como que deseaba tener un encuentro con aparatos venidos del exterior para romper la rutina, esa monotonía que muchas veces me embargaba.

—¿Qué harías tú, Sergio, si de repente te encontraras con un par de marcianos grandes y con hambre?

Risa general.

—Bueno, por mí que vengan, y mejor si son marcianas — les decía yo totalmente convencido.

Yo también reía, y mientras mis compañeros buscaban a otros para sus bromas, en mi imaginación ya me veía hablando con dos beldades marcianas, nombre que por antonomasia aplicábamos a cualquier posible ser extraterrestre, dándome a entender como fuera para indicar que no era comestible pero que conmigo podrían «batir la lengua» lo que quisieran con opción de que, a futuro, pudiéramos tener un trato más deferente, y, ¿por qué no?, hasta estrecho.

Llegué a la sala riéndome solo. Abrí la puerta y de inmediato mi pensamiento derivó hacia el infernal ruido de las máquinas. Los protectores de oído que llevaba era poco lo que ayudaban a paliar el fragor de aquellos compresores que me querían aislar aún más del mundo que me circundaba.

Me dirigí hacia el primer compresor y procedí a mirar las bombitas de aceite de las cajas lubricadoras. Sus pistones subían y bajaban, señal de que el bombeo era el correcto. Son 32 y me armé de paciencia para mirarlos todos.

Sube y baja... bueno el primero. Sube y baja... bueno el segundo. Sube y baja...

...Claro, ellos eran mis compañeros. Vivía con amigos de tantas penas y alegrías compartidas en años. Es increíble el aislamiento al que uno se habitúa; es increíble el trato poco consecuente que se recibe en muchas ocasiones de parte de mandos medios y todo por un sueldo que no

compensa el sacrificio que esto conlleva y, si no fuera por ellos, la carga sería insoportable.

A veces, una vez completado el turno, nos reuníamos en casa y mientras uno prendía la radio a otro se le ocurría prender el televisor; un tercero se pone a cantar y un cuarto como no tiene nada que hacer: grita. Como el de la radio no escucha nada sube el volumen y lo mismo hace el del televisor. Conclusión: el que mira «tele» escucha radio y el que pretende escuchar radio, oye gritos y una voz imperturbable que, indiferente, anuncia las bondades de un producto.

De esa manera, con mucho ruido canalizábamos impulsos reprimidos, acumulados en labores efectuadas, ¡increíble!, bajo también condiciones de mucho ruido.

Claro que para un observador imparcial, encontrar una respuesta a dichas actitudes no sería fácil. Lo tratamos de pasar bien y si se trata de que todos hablen y rían de todo y nadie entienda nada de nada, ahí estaremos gozando de ese berenjenal.

Terminada la tarea me dirigí a mi acogedor refugio. Mientras caminaba embargado de mis locas ideas entré a la caseta y me dirigí al escritorio... fue entonces que volví violentamente a la realidad. No alcancé a llegar porque mis piernas se negaron a responder ante el saludo de una persona a esa inusual hora.

Seguramente fueron sólo décimas de segundo, pero me parecieron horas de pánico.

Me di vuelta y de inmediato me tranquilicé. ¡Yo no sé a quién esperaba encontrar que me asusté tanto!

—¿Se asustó usted? Perdone, no era mi intención.

—¡Oh, sí; buenas noches! —le dije a mi sonriente intruso.

—Me «pilló volando bajo» —añadí a manera de chiste. Reí para que así lo tomara él.

Una vez recuperado el aliento, le expliqué que entre nosotros los operadores hay prácticamente un convenio tácito en que siempre al hablar, en un casual encuentro con un compañero que está de turno, debe hacerlo de frente, y por supuesto en ningún momento hacer bromas de mal gusto, como a veces sucedía, y que podrían terminar, por lo menos, con un buen puñetazo colocado en la boca del chistoso. Ejemplos había, y varios.

Reímos de buena gana.

—¿Qué se le ofrece? ¿Acaso perdió el camino? —inquirí.

—No muy lejos de aquí quedé en «panne» —me dijo.

Su voz sonaba extrañamente metálica.

—Y vine hasta aquí en busca de ayuda al ver el movimiento de gente —continuó.

¡Claro!, esa era la explicación, pensé yo, que aún recordaba el susto que me llevé en mi ensimismamiento.

—¡Ayayay!, es bien difícil el problema porque aquí cuento con lo indispensable para problemas menores, pero si es mucho...

—Bueno, al parecer es la turbina que mueve el rotor —me dijo—, para lo cual sólo necesito una pequeña palanca.

—¡Ah, ya! —dije sólo por decir, y me quedé pensando: ¿rotor?, ¿turbina?, ¿de qué está hablando éste? ¿Acaso anda en avión? Me dieron ganas de preguntárselo, pero no lo hice. Yo sabía algo de esos elementos ya que las maquinarias que manejo o son turbinas compresoras o bien son de combustión interna turboalimentadas, y desde luego sabía la finalidad de sus componentes y también que no son comunes los vehículos turboalimentados, al menos aquí en la zona. Pero si bien puedo señalar son grandes mis deseos de aprender, honradamente he de añadir que mi gran defecto es el orgullo; por lo tanto, decidí consultar eso en otra ocasión y no pasar por ignorante ante desconocidos, en ésta.

—¿Se encuentra muy lejos?

Se paró, abrió la puerta y me dijo: «¿Ve aquella antorcha? Pues al lado».

—Harto lejos —dije—. Tuvo que caminar mucho.

Pensé de golpe en cómo me habría captado desde aquella distancia pero deseché la idea pronto, pues no tenía una visión normal y me imagino que aunque la tuviera siempre habría gente que poseyera mejor vista que otros.

—Si usted me autoriza podría revisar el área para encontrar lo que busco.

Desperté de mis ensueños y sin pensar mucho señalé:

—Claro, por supuesto, revise no más. Eso sí, no me toque las instalaciones. ¡Ah, oiga, no me ha dicho su nombre; aquí tenemos radioteléfono y mientras podría comunicar sus problemas! —añadí cuando él ya enfilaba hacia las salas.

—Wik —me dijo y se fue.

¿Wik o Huic? ¡Qué más da! Incluso a lo mejor tenía hipo, concluí.

Me quedé de una pieza. Éste para mí que está más rayado que una cebra, pensé, y dejé de meditar en el excéntrico personaje, porque de inmediato decidí levantar el fono para llamar a Cullen y comunicar las novedades en la Planta. No alcancé a discar... una fuerte interferencia me indicaba que no tendría suerte.

Colgué y me puse a cavilar. Mi subconsciente pugnaba por atar una serie de cabos sueltos que se presentaban con rapidez inusitada; pero a su vez algo me impedía

preguntar en demasía, como temiendo que algo pudiere descubrir y alterar significativamente la rutina que ya empezaba a apreciar. Me puse de pie justo en el momento en que tomé la resolución de analizar todo lo acontecido, paso por paso, una vez entregado el turno y en la tranquilidad de mi casa.

Me sentí mejor. Me liberaba de una angustia que me oprimía. Me dirigí a la puerta y la abrí. ¡No era mi intención perder de vista mucho tiempo a Wik, con w o con h! Observé los alrededores. Siempre pensé que en vez de tanta basura en la tele podrían mostrar las diferentes faenas petrolíferas desarrolladas por la empresa. Y no es que sea un empleado fanatizado por ellas, pero ahora que me detengo a observar una vez más mi medio ambiente: un cielo refulgente de estrellas, la gigantesca sala de compresores HRA-8T a los cuales mi misión es vigilar; un poco a la izquierda la sala de los HMA-8, más pequeña, pero siempre impactante, brillando bajo los potentes reflectores que la iluminaban, creo que acapararían la atención de la teleaudiencia. Más al oeste, oscuridad absoluta, hasta que en mi recorrido observo como tantas veces la antorcha que la Sección de Producción mantiene flameando a plena pampa y que se me antoja es el emblema que enseña que soy el dueño absoluto del área y que, prendida de noche y de día, tiene por misión controlar la presión que, de otra forma, rompería las gruesas tuberías por las que fluye el precioso líquido. Giro la cabeza unos treinta grados y veo

la antena Entel con sus dos grandes platos, orientados uno a Cullen y el otro a Cerro Sombrero; bondadosa estructura encargada de velar por que no me encuentre tan solo en la noche, acompañándome con sus poderosas emisiones electromagnéticas. Sigo girando para encontrar más oscuridad y luego otra vez, mi caseta.

Entré pensando en que para muchos, esto es algo desconocido y que seguramente encontrarían lleno de peculiar belleza.

Al menos yo no podía menos que sobrecogerme ante la Naturaleza que aceptaba que el hombre ensuciara sus parajes y se las arreglara para que pareciera que desde tiempos inmemoriales todos esos objetos hubiesen estado ahí, como si ella los hubiese colocado junto con la pampa, colinas y arbustos, firmamento y silencio.

De pronto vi moverse una sombra en la sala de bombas. Según calculaba, Wik debería hallarse al otro lado de ésta. Voces confirmaron la presencia de un nuevo extraño. Wik conversaba con una mujer, seguramente alguna acompañante. Desde un rincón de la sala de bombas enfilaron hacia mí charlando animadamente. Cuando la luz, que la puerta abierta permitía pasar, la alcanzó, pude observarla mejor; era hermosa, quizás no mucho comparada con la serenidad, la paz interior que irradiaba.

Me miró y mi timidez innata afloró intensa, pero aún así sostuve su mirada.

Recién noté que el frío invierno se había trastocado y cálidas noches de primavera lo reemplazaban.

—Ella anda conmigo —dijo Wik.

—¡Hola! —dijo ella.

Tenía ojos profundos de firmamento, insondables, y su risa era alegre: ¡Oh, nostalgias infantiles!

—¡HOOLAA! —dijo su voz suave de fresco manantial, mientras su mano derecha giraba en semicírculos a manera de saludo.

—Ella anda conmigo —repitió irónico él.

—¡Hola!, perdona, pasa, adelante —dije y se me acabó el vocabulario. Me di vuelta para entrar y tropecé con la «lonchera». Maldije la hora que la puse ahí. Wik reía mientras iba a sus cosas. ¡Aquel gusano «suertudo»!

Yo me senté de inmediato, tratando de ganar un par de segundos para relajar mi exaltación. Adopté una actitud consecuente a la situación. Vi cómo entraba ella: alta, con su abundante cabello castaño, ondulante en su andar cimbrado.

—¡Qué agradable está aquí! Yo estaba feliz. ¿Acaso no quería un suceso extraordinario? ¡Pues aquí tenía uno!

Miré su tenida vaporosa. Como metálica. Como esas tenidas que usan las mujeres modernas. La miré. Me miró y me sonrojé. Había cierta atracción entre nosotros.

—¿Quieres un café?

—¡Claro!, te lo agradecería mucho, afuera hace frío.

Yo no lo sentía. Me paré y puse a hervir el agua, luego me senté y la observé una vez más. En instantes un caudal de información circuló por nuestros ojos. Ignoro cuánto le dije. Ignoro si ella comprendió. Pero le hice ver que me parecía extraordinaria. Que por lo mismo seguramente no sabría retenerla a mi lado en el caso que ella así lo quisiese, que, sin ir más lejos, llegaría a Cullen y allí encontraría personas dispuestas a conquistarla y hacerla olvidar sus experiencias anteriores hasta el punto que quizás pasaría a su lado y ella no me reconocería. Se habría olvidado de aquel que una noche en Calafate estuvo junto a ella. Que habría muchas mujeres dispuestas a dejarse conquistar sólo por vanidad.

No, no trataría de conquistarla.

Sería servicial con ella, pero no servil.

Ahora sí, me sentía seguro de mí mismo y dispuesto a no caer en redes engañosas.

—¿Cómo te llamas?

—Sergio —respondí.

—¡Qué bonito nombre! —sus ojos brillaron.

Reí halagado. Me habría gustado acariciarla.

—¿Y tú?

—Soledad.

—Soledad —repetí—. Ese sí que es bonito nombre. Su mención me trae a la memoria atardeceres de sol, valles y bosques y montes azules y carcajadas lejanas de niños que corren.

Me miró sonriente y se alisó el pelo.

¡Qué ganas de acariciarla!

—¡Qué romántico! —me dijo.

—No era mi intención el decirlo —contesté, casi con violencia—. Sólo pensaba en voz alta —añadí.

Me miró extrañada. Me paré para servirle café y en eso entró Wik. Me dio rabia aquel imbécil y como si fuera poco, me vi en la obligación de servirle también.

Él al parecer notó mi agresividad, pues rápidamente dijo mientras mostraba un pequeño tubo:

—Encontré la pieza que buscaba. Ojalá perdone todo lo que hemos molestado.

«Lo que has molestado», me habría gustado decirle, pero decidí controlar esa inexplicable antipatía.

Nuestra conversación derivó en cuestiones insulsas que a mí nunca me parecieron más interesantes.

—Nos iremos de inmediato —dijo de pronto Wik dirigiéndose a Soledad.

Ella tenía ahora un dejo de melancolía. Me habría gustado saber que era por mí. Ya sea porque quería quedarse o porque no fui muy gentil con ella. Deseaba que hubiese comprendido mi egoísmo.

Tornaron su café y a una seña de Wik se pararon.

Ella, recuperada su sonrisa, me dijo: «Tal vez algún día nos veamos nuevamente».

Sigo pensando que en aquella frase había una promesa encerrada.

—¡Me gustaría mucho! —respondí ferviente, desechando la pauta que había seguido con ella hasta entonces.

Se acercó y me dio un beso de despedida. Al hacerlo me asió la mano un segundo más de lo necesario.

Me apresuré a ofrecerles mi vehículo para llevarlos; el tiempo junto a ella se agotaba y la imposibilidad de retenerla me dolía.

—Claro, por supuesto —dijo ella contenta.

—Se lo agradeceríamos —dijo él serio.

Enfilamos por el patio y al pasar frente a los compresores, mi oído acostumbrado a los distintos ruidos del área captó un compresor detenido.

—Voy a tener que poner en servicio un compresor pero termino rápido. ¿Por qué no me esperan un rato en la camioneta?

Recién ahora me doy cuenta que debí haber observado sus reacciones cuando les dije aquello, pero no fue así. Me embargaba una gran alegría y no estaba para minucias. Silbando instintivamente «Soledad» me dirigí al compresor número dos. El tablero de automatización no indicó causa; era extraño, pero no lo noté en ese momento. Cerré la válvula de gas combustible y ya en el patio abrí purgas y cerré válvulas con gran aspaviento sólo por lucimiento personal. De reojo, miré satisfecho a mis visitantes.

No estaban.

No sé por qué me dirigí corriendo hacia el vehículo, sólo para confirmar mi decepción.

Mi corazón bombeaba sangre cada vez con más fuerza. Estaba entre ansioso y asustado. Me sobrevino un repentino estado de angustia al ignorar y sin embargo presentir qué era lo que ocurría. Mi mente saltaba de uno a otro pensamiento positivo en un esfuerzo por encontrar el mecanismo que me tranquilizara.

Jorge Spicel

Me dirigí corriendo al compresor detenido, di una vuelta en torno a él pero no alcancé a terminarla.

Ahí, derecho, arriba, se encontraba la turbina y el compresor centrífugo desarmados en parte.

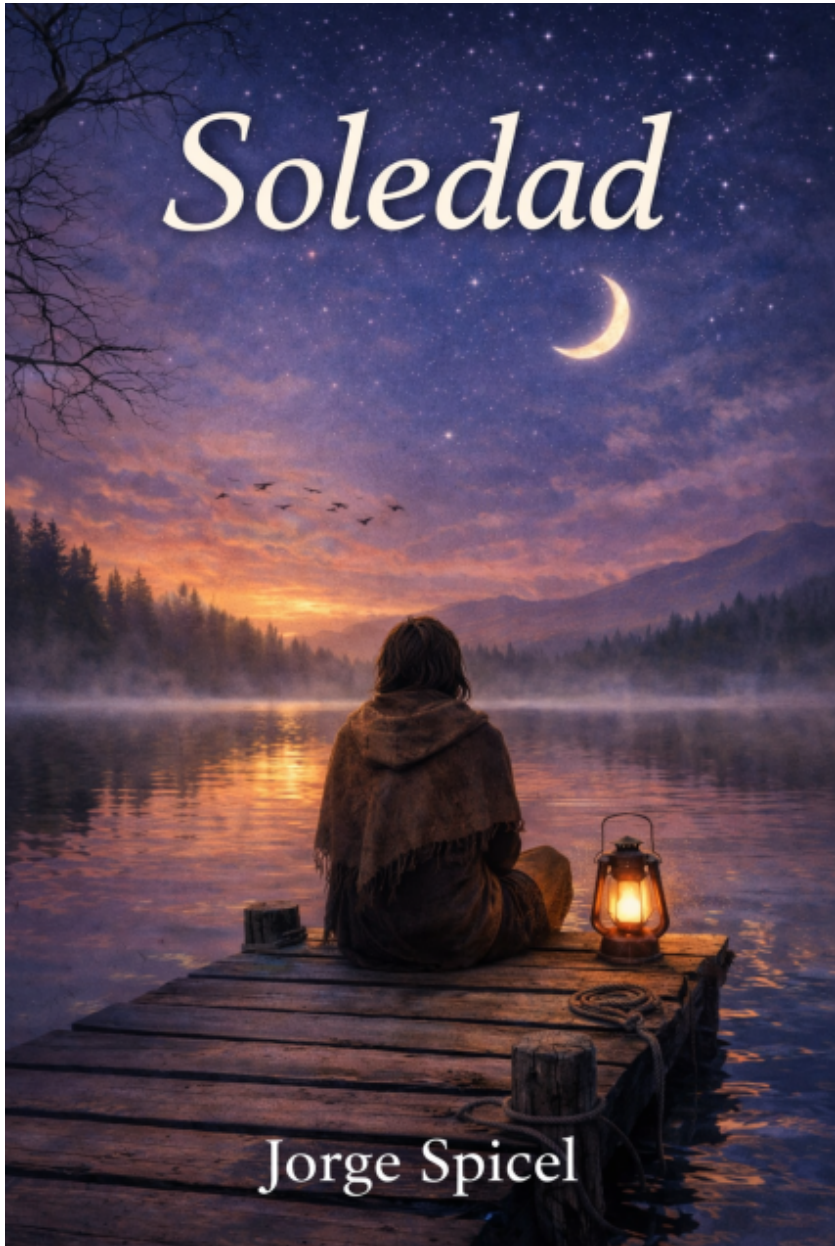
Fui veloz a la ventana y miré la antorcha.

Ya no era azul.

Sólo era naranja.

Y la nube... la nube había desaparecido.

Jorge Spicel



Jorge Spicel

Jorge Spicel

“Oriundo de Punta Arenas, Magallanes. Lleva las letras y su tierra en el corazón, aunque a ambas reconoce no haberles dedicado el tiempo que ameritan. Ha publicado en revistas y diarios, artículos y cuentos que han generado una buena crítica. Ha sido antologado a nivel nacional, especialmente después de lograr su segundo premio a nivel regional que le valió la publicación de su primer libro. Sus relatos se centran en la zona pero tienen alas para abarcar territorios casi mitológicos, con personajes que adoptan las fuerzas dicotómicas del entorno — noble y detractor, humano y salvaje, espiritual e irreverente, anárquico y metódico. Todo a la vez—”

Javier José Rodríguez: autor de “Antología de cuentos y relatos de la minería chilena.”

Javier Jofré Rodríguez — el compilador de la antología. Ingeniero Civil Metalurgista, con MBA. Publicó tres libros relacionados con la minería, incluido uno sobre la actividad petrolera en Chile en 1996, con patrocinio de ENAP. Actualmente profesor en la PUCV y en la **UCN de Antofagasta**; nos dice:

Hoy el deseo de Jorge Espicel que escribe con el seudónimo de Jorge Spicel es presentar su tercer libro con 14 cuentos que irá presentando uno por uno cada dos o tres semanas para luego de visualizar la reacción de la comunidad presentar su tercera recopilación.